

# 1

Esta parte del hospital se me antoja un país extranjero. Aquí no existe esa sensación de campo de batalla, no hay equipos quirúrgicos vestidos con pijamas manchados de vísceras, que intercambian comentarios ingeniosos sobre partes del cuerpo desaparecidas, no hay administradores de ojos acerados con sus tablillas, ni manadas de borrachuzos en sillas de ruedas, y sobre todo, no hay rebaños de ovejas de ojos desorbitados acurrucadas unas contra otras, temerosas de lo que pueda salir por las puertas dobles de acero. No hay hedor a sangre, desinfectante y terror. Los olores son más amables, más hogareños. Hasta los colores son diferentes: más suaves, más en tonos pastel, sin el apagado utilitarismo de las paredes que se ven en otras partes del edificio. De hecho, en ninguna parte se detectan las escenas, los sonidos y los pavorosos olores que he llegado a relacionar con hospitales, en absoluto. Sólo la multitud de hombres con ojos como platos parados ante el ventanal, y ante mí infinita sorpresa, yo soy uno de ellos.

Nos mantenemos juntos, apretujados alegremente contra el cristal, y dejamos sitio de buena gana a cualquier recién llegado. Blancos, negros, mulatos. Latinos, afroamericanos, asioamericanos, criollos... Da igual. Todos somos hermanos. Ni sonrisas sarcásticas, ni ceños fruncidos. Nadie parece preocupado por recibir un codazo accidental en las costillas de vez en cuando, y nadie, lo más asombroso de todo, parece alimentar ideas violentas contra los demás. Ni siquiera yo. En cambio, estamos todos congregados ante el cristal, contemplando ese tópico milagroso que hay en la habitación de al lado.

¿Son seres humanos? ¿Es posible que esto sea el Miami en el

que he vivido siempre? ¿O bien un extraño experimento físico ocurrido en el acelerador de partículas subterráneo nos ha enviado a todos a vivir en Mundo Bizarro, donde todo el personal es bueno, tolerante y feliz siempre?

¿Dónde está la jubilosa turba homicida de anteayer? ¿Dónde están los amigos armados hasta los dientes, pasados de revoluciones, medio enloquecidos y dispuestos a matar de mi juventud? ¿Ha cambiado todo, se ha evaporado, volatilizado para siempre a la luz de aquella ventana?

¿Qué fantástica visión aparecida al otro lado del cristal ha hechizado un pasillo lleno de humanos normales, malvados, dispuestos a romper caras y partir cuellos, y los ha transformado en una pandilla de memos sosainas y babeantes?

Incrédulo, vuelvo a mirar, y allí están. Todavía. Cuatro pulcras hileras de diminutos seres lloriqueantes rosados y morenos, tan pequeños, arrugados e inútiles..., y no obstante son ellos quienes han convertido a esta peña de humanos sanos ansiosos por matar en un manchurrón medio derretido de impotencia babeante. Y como colofón de este potente truco de magia, todavía más absurdo, dramático e increíble, uno de esos diminutos bulbos rosados se ha apoderado de nuestro Diletante Oscuro, el Decididamente Horripilante Dexter, y también le ha transformado en una cosa de barbilla silenciosa, meditabunda y babosa. Yace ahí, agitando los dedos de los pies en dirección a los fluorescentes, ajeno por completo al milagro que ha realizado (ajeno, en realidad, incluso a los dedos que agita, porque es el absoluto Avatar de la Inconsciencia), y no obstante, fijaos en lo que ha conseguido con sus meneos irreflexivos e inconscientes. Fijaos en ese pequeño y húmedo prodigio de olor agrio que lo ha cambiado todo.

*Lily Anne.*

Tres sílabas breves y muy corrientes. No parece que posean ningún significado real, y sin embargo, encadenadas y atribuidas al bulto diminuto de carne que se agita sobre su pedestal, han obrado la magia más poderosa de todas. Han convertido a Dexter

Muerto Durante Décadas en algo provisto de un corazón que late y bombea vida auténtica, algo que casi siente, que casi semeja un ser humano...

Ahí está: agita una pequeña y poderosa mano, y la Cosa Nueva que habita en el interior de Dexter saluda a su vez. Algo se revuelve y asciende hacia la cavidad torácica, rebota en las costillas y ataca los músculos faciales, que ahora se despliegan en una espontánea y poco practicada sonrisa. Dios del cielo, ¿ha sido eso una emoción? ¿He caído tan bajo, y tan deprisa?

Sí, por lo visto sí. Y otra vez.

*Lily Anne.*

—¿El primero? —pregunta una voz a mi lado, y miro a la izquierda, deprisa, como para no perderme un solo segundo del espectáculo que tiene lugar al otro lado del ventanal. Es un latino corpulento con tejanos y una camisa de trabajo limpia, con la palabra MANNY cosida sobre el bolsillo.

—Sí —contesto, y él asiente.

—Yo tengo tres —afirma, y sonrío—. Nunca me canso de mirarlos.

—No —digo, y miro de nuevo a Lily Anne—. Es imposible.

Ahora está moviendo la otra mano... ¡y ahora las dos al mismo tiempo! Una niña extraordinaria.

—Dos chicos. —Menea la cabeza y añade—: Y al final, una niña. —Por el tono de su voz, deduzco que este pensamiento le hace reír y le dedico otra mirada subrepticia. Por supuesto, su rostro alberga una expresión de dichoso orgullo que parece casi tan estúpida como la mía—. Los chicos pueden ser muy tontos. Esta vez tenía muchas ganas de que fuera una niña, y...

Su sonrisa se ensancha todavía más, y nos quedamos allí durante varios minutos en un silencio cómplice, contemplando a nuestras alegres y hermosas hijas a través del cristal.

*Lily Anne.*

Lily Anne Morgan. El ADN de Dexter, que vivirá y surcará el tiempo hasta formar parte de otra generación, y continuará hasta el futuro lejano, un día más allá de la imaginación, provisto de la

mismísima esencia de todo cuanto soy, a la que conducirá lejos del alcance de la muerte, corriendo hacia el mañana envuelto en los cromosomas de Dexter..., y con un aspecto estupendo. O al menos, eso le parece al chalado de su padre.

Todo ha cambiado. Un mundo que incluya a Lily Anne Morgan me resulta desconocido por completo: más bonito, más limpio, de bordes más nítidos, colores más brillantes. Todo sabe mejor ahora, hasta la barra de Snickers y el café de máquina, lo único que he tomado en veinticuatro horas. El sabor del caramelo era mucho más sutil que nunca, y el café sabía a esperanza. La poesía fluye a mi cerebro gélido y resbala hasta mis dedos, porque ahora todo es nuevo y maravilloso. Y mucho más allá del sabor del café se halla el sabor de la vida. Ahora hay algo que alimentar, proteger y en lo cual deleitarse. Y acude la idea mucho más que peregrina de que quizá ya no sea necesario alimentar la vida con este terrible y sombrío frenesí de goce que me ha definido hasta este momento apocalíptico. Tal vez el mundo de Dexter debería morir ahora, y un nuevo mundo de deleite rosáceo surgirá de sus cenizas. ¿Y la antigua y terrible necesidad de degollar ovejas y esparcir los huesos, de arrasar la noche perversa como una trilladora, de sembrar la luz de la luna con las diminutas sobras del Deseo Oscuro de Dexter? Tal vez haya llegado el momento de librarse de él, de dejar que se vacíe hasta que desaparezca por completo.

Lily Anne ha llegado y quiero ser diferente.

Quiero ser mejor de lo que he sido.

Quiero abrazarla. Quiero sentarla en mi regazo y leerle a Christopher Robin y el doctor Seuss. Quiero cepillarle el pelo, y enseñarle a utilizar la pasta de dientes, y ponerle tiritas en las rodillas. Quiero estrujarla al caer el sol en una habitación llena de cachorrillos, mientras la banda ataca «Cumpleaños feliz», y verla llegar a una hermosa y maravillosa edad adulta en la que haya cura para el cáncer y se compongan sinfonías, y para conseguir eso no puedo ser lo que he sido siempre, y ya me conviene, porque me he dado cuenta de otra cosa importante.

Ya no quiero volver a ser Dexter el Oscuro.

La idea no es tanto una sorpresa como una conclusión. He vivido avanzando en una dirección, y ahora he llegado a mi destino. Ya no necesito hacer aquellas cosas. Sin remordimientos, pero ya no son necesarias. Ahora tengo a Lily Anne, y ella se impone a todos aquellos ballets en la oscuridad. ¡Es hora de continuar adelante, de evolucionar! Hora de abandonar caído en el polvo a Dexter el Viejo Demonio. Esa parte de mí ya está completa, y ahora...

Ahora resuena una menuda y muy amarga nota en el coro de la felicidad de Dexter. Algo no va bien. Cerca, un leve destello de la antigua vida malvada brilla a través del resplandor rosado de la nueva, y un seco repiqueteo de escamas chirría en el corazón de la nueva melodía.

*Alguien me está vigilando.*

La idea llega como un susurro sedoso, casi una risita. Como siempre, el Oscuro Pasajero se divierte tanto por la coincidencia temporal como por el sentimiento, pero la advertencia es cierta, y me vuelvo con mucha indiferencia y cautela, la sonrisa cosida en su sitio al viejo estilo postizo, y exploro el pasillo que se extiende a mi espalda, primero a la izquierda, hacia las máquinas expendedoras. Un anciano, la camisa embutida en los pantalones de cintura demasiado alta, se apoya contra la máquina de refrescos con los ojos cerrados. Una enfermera pasa a su lado sin verlo.

Me vuelvo y miro a la derecha, hasta donde el pasillo acaba en una «T», que por una parte conduce a una hilera de habitaciones y por la otra a los ascensores. Y allí está, tan claro como un eco en una pantalla de radar, o lo que queda del eco, porque alguien está doblando la esquina en dirección a los ascensores, y sólo puedo ver la mitad de su espalda cuando se escabulle. Pantalones color tostado, camisa a cuadros verdosa y la suela de una zapatilla de deporte, y se esfuma sin dejar ninguna explicación de por qué me estaba vigilando, pero sé que lo estaba haciendo, algo confirmado por la sonrisa de hiena que

rezuma del Pasajero, como si dijera: *Ab, vaya, ¿qué vamos a dejar atrás?*

No se me ocurre ningún motivo en este mundo, o en otro, de que alguien pudiera interesarse en este humilde servidor. Mi conciencia está lo más limpia y vacía posible, lo cual significa, por supuesto, que siempre he llevado a cabo una limpieza a fondo, y que, en cualquier caso, mi conciencia posee la misma rotunda realidad de un unicornio.

Pero alguien me estaba vigilando, sin la menor duda, y esto es muy molesto, porque no se me ocurre ninguna razón de peso, y además positiva, de que alguien quiera vigilar a Dexter el Sosainas, y ahora debo pensar que cualquier amenaza a Dexter puede suponer también un peligro para Lily Anne, y esto es algo que no puedo permitir.

Y por supuesto, el Pasajero considera todo esto muy divertido, el que unos momentos antes estuviera olfateando los brotes prometedores de la primavera y abjurando del destino de la carne, y ahora me encuentre de nuevo en plena forma y ansioso por matar..., pero esto es diferente. No se trata de homicidio recreativo. Se trata de proteger a Lily Anne, e incluso después de estos primérrimos momentos de vida, arrancaré las venas de muy buen grado a cualquier cosa que se le acerque, y con ese pensamiento consolador me encamino hacia la esquina del pasillo y echo un vistazo hacia el ascensor.

Pero no hay nada. El pasillo está desierto.

Sólo tengo unos segundos para echar un vistazo, tiempo apenas suficiente para disfrutar de mi silencio boquiabierto, y mi móvil se pone a vibrar sobre la cadera. Lo extraigo de su funda y miro el número. Es la sargento Deborah, mi familia adoptiva, mi hermana policía, que sin duda llama para hacerme mimitos por la llegada de Lily Anne y ofrecerme sus mejores deseos fraternales. De modo que contesto al teléfono.

—Hola —digo.

—Dexter, nos ha caído encima una tormenta de mierda y te necesito. Ven aquí enseguida.

—No estoy de servicio. Tengo permiso de paternidad.

Pero antes de que pueda tranquilizarla y confirmar que Lily Anne está sana y guapa, y que Rita se halla sumida en un sueño profundo al final del pasillo, me da la dirección y cuelga.

Volví para despedirme de Lily Anne. Agitó los dedos de los pies, con bastante ternura, me pareció, pero no dijo nada.

## 2

La dirección que Deborah me había dado estaba en la parte vieja de Coconut Grove, lo cual significaba que no había rascacielos ni casetas de vigilancia. Las casas eran pequeñas y estrafalarias, y todos los árboles y arbustos crecían hacia arriba y hacia fuera, hasta formar un frondoso motín verde que ocultaba casi todo, salvo la carretera. La calle era pequeña y oscurecida por el dosel de altos banianos, y apenas quedaba sitio para maniobrar mi coche entre la docena o así de vehículos oficiales que ya habían llegado y ocupaban todas las plazas de aparcamiento. Conseguí encontrar un hueco al lado de un bambú descontrolado que se encontraba a una manzana de distancia. Embuté el coche y volví a pie con mi equipo de salpicaduras de sangre. Se me antojó más pesado de lo habitual, pero tal vez se debía a que Lily Anne me estaba sorbiendo las energías.

La casa era modesta y estaba casi oculta por la vida vegetal. Tenía un tejado liso e inclinado, de los que habían sido «modernos» cuarenta años antes, y delante había un pedazo de metal raro y retorcido que debía ser una escultura de algún tipo. Se alzaba sobre un charco de agua, y al lado una fuente lanzaba un chorro. En conjunto, era la viva imagen de Old Coconut Grove.

Observé que algunos coches aparcados delante parecían proceder del parque móvil federal, y en efecto, cuando entré había un par de tipos con traje gris entre los uniformes azules y las guayaberas de tonos pastel del equipo local. Todos pululaban en grupitos, una especie de movimiento coloidal compuesto de conjuntos: algunos jugaban a preguntas y respuestas, otros eran forenses, y los demás se limitaban a mirar a su alrededor, en busca de algo importante que justificara el gasto de haberse desplazado en coche hasta aquí para plantarse en una escena del crimen.

Deborah estaba en un grupo cuya mejor descripción sería «agresivo», cosa nada sorprendente para quienes la conocen y aman. Plantaba cara a dos de los trajeados, uno de ellos una agente del FBI que yo conocía, la Agente Especial Brenda Recht. Mi némesis, el sargento Doakes, la había azuzado contra mí cuando el intento de secuestro de mis dos hijastros, Cody y Astor, había fracasado. Incluso imbuida de la eficaz paranoia del sargento, no había conseguido demostrar nada contra mí, pero sí se había mostrado de lo más suspicaz, y yo no deseaba reanudar mi relación con ella.

A su lado había un hombre que sólo puedo describir como un federal genérico, con traje gris, camisa blanca y relucientes zapatos negros. Ambos estaban mirando a mi hermana, la sargento Deborah, además de otro hombre al que no conocía. Era rubio, de un metro ochenta de alto, musculoso y absurdamente apuesto, en un estilo tosco y masculino, como si Dios hubiera cogido a Brad Pitt y decidido convertirle en alguien apuesto de verdad. Estaba mirando una lámpara de pie, mientras Deborah le espetó algo contundente a la Agente Especial Recht. Cuando me acerqué, Deborah alzó la vista y me miró.

—¡Mantenga alejados a sus malditos esbirros de mi escena del crimen! —chilló—. Tengo trabajo de verdad que hacer. —Dio media vuelta y me tomó del brazo—. Ven. Echa un vistazo a esto.

Deborah me arrastró hacia la parte posterior de la casa, mientras mascullaba «Putos federales» para sí, y como yo estaba tan henchido de amor y comprensión, debido al rato que había pasado en la maternidad, pregunté:

—¿Para qué han venido?

—¿Para qué? —bramó Deborah—. Creen que se trata de un secuestro, lo cual lo convierte en un delito federal. Lo cual imposibilita que haga mi trabajo y averigüe si es secuestro, con todos esos capullos y sus jodidos Florsheims paseando de un lado a otro. Aquí.

Cambió de marcha con gran delicadeza y me empujó al interior de una habitación situada al final del pasillo. Camilla Figg ya

había llegado, y reptaba sobre el suelo a cuatro patas muy despacio, por el lado derecho de la habitación, evitando por completo el izquierdo. Muy buena idea, porque el lado izquierdo de la habitación estaba tan salpicado de sangre que daba la impresión de que un animal de gran tamaño hubiera estallado. La sangre brillaba, todavía húmeda, y experimenté una punzada de tristeza debido a la cantidad de materia atroz.

—¿A ti te parece esto un secuestro? —preguntó Deborah.

—Muy poco eficaz —contesté, mientras contemplaba la gigantesca mancha de sangre—. Se dejaron casi la mitad de la víctima.

—¿Qué puedes decirme?

Miré a mi hermana, algo irritado por la suposición de que sabía lo que había sucedido al instante, a primera vista, debido a alguna especie de instinto.

—Al menos, deja que lea las cartas del tarot. Los espíritus han de venir desde muy lejos para hablar conmigo.

—Pues diles que se den prisa. Tengo a todo el departamento echándome el aliento en el cuello, aparte de los federales. Venga. Dex, seguro que puedes decirme algo. Extraoficialmente.

Contemplé la gran mancha de sangre, la que empezaba en mitad de la pared sobre la cama y continuaba en todas direcciones.

—Bien, extraoficialmente, parece más una partida de *paintball* que un secuestro.

—Lo sabía —dijo Deborah, y después frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir?

Indiqué la mancha roja de la pared.

—Sería muy difícil que un secuestrador infligiera una herida capaz de hacer eso. A menos que levantara a la víctima y la arrojara contra la pared a unos sesenta kilómetros por hora.

—Es una chica.

—Da igual. La cuestión es que, si se trata de una niña lo bastante pequeña para poder lanzarla por los aires, perdió tanta sangre que estará muerta.

—Tiene dieciocho años. Casi diecinueve.

—En ese caso, suponiendo que sea de tamaño normal, no creo que sea conveniente detener a alguien capaz de tirarla con tanta fuerza. Si le disparas, es posible que se irrite y te arranque los brazos.

Deborah continuaba con el ceño fruncido.

—Estás diciendo que todo esto es una farsa.

—Parece sangre real.

—Entonces, ¿qué significa?

Me encogí de hombros.

—Oficialmente, es demasiado pronto para decirlo.

Me dio un puñetazo en el brazo. Me dolió.

—No seas capullo —me reconvino.

—Ay.

—¿Estoy buscando un cadáver, o a una adolescente sentada en el centro comercial y sonriendo con suficiencia a los polis gilipollas? O sea, ¿de dónde sacaría una cría tanta sangre?

—Bien —aventuré esperanzado, pues no deseaba pensar en aquello—, es posible que no sea sangre humana.

Deborah contempló la sangre.

—Claro. Por supuesto. Coge una jarra llena de sangre de vaca o algo por el estilo, la arroja contra la pared y se larga. Está engañando a sus padres para sacarles dinero.

—Extraoficialmente, es posible. Al menos, déjame analizarla.

—He de decir algo a esos capullos.

Carraspeé y llevé a cabo mi mejor imitación del capitán Matthews.

—A la espera de los análisis y del trabajo de laboratorio, existe una auténtica posibilidad de que, mmm..., tal vez la escena del crimen no sea... la prueba de un crimen real.

Me golpeó en el brazo de nuevo, en el mismo sitio, y esta vez me hizo más daño.

—Analiza esa sangre —dijo Deborah—. Deprisa.

—No puedo hacerlo aquí. He de llevar un poco al laboratorio.

—Pues recógela.

Levantó el puño para asestar otro golpe demoledor, y me enorgullecí de la agilidad con que me puse fuera de su alcance, aunque estuve a punto de empotrarme contra el modelo masculino que había estado a su lado mientras hablaba con los federales.

—Perdón —dije.

—Ah —intervino Deborah—, éste es Deke. Mi nuevo compañero.

Pronunció la palabra «compañero» de una manera que sonó como «hemorroides».

—Encantado de conocerte —dije.

—Sí, claro —contestó Deke.

Se encogió de hombros y se retiró a un lado, desde el cual podía contemplar el trasero de Camilla mientras iba avanzando centímetro a centímetro sobre el suelo, y Deborah me dirigió una mirada muy elocuente, que comunicaba muchas palabrotas sobre su nuevo compañero.

—Deke acaba de llegar de Syracuse —continuó Deborah, con una voz lo bastante agradable para descascarillar pintura—. Quince años en el cuerpo, buscando motonieves robadas. —Deke volvió a encogerse de hombros sin mirar—. Y como yo fui tan descuidada de perder a mi último compañero, decidieron castigarme con él.

El hombre alzó un pulgar, y después se agachó para ver qué estaba haciendo Camilla. Ella empezó a enrojecer de inmediato.

—Bien —dije—, espero que trabaje mejor que el detective Coulter.

Coulter, el anterior compañero de Deborah, había resultado muerto durante la realización de una *performance* artística mientras Deborah estaba en el hospital, y aunque su funeral había sido muy bonito, yo estaba seguro de que el departamento tenía bajo observación a Deborah, puesto que desaprobaban a los policías que adquirirían la costumbre de ser descuidados con sus compañeros.

Deborah se limitó a menear la cabeza y masculló algo que no

entendí del todo, si bien capté varias consonantes duras. Y como siempre procuro llevar alegría adonde voy, cambié de tema.

—¿Quién se supone que es? —pregunté, e indiqué con un cabeceo la gigantesca mancha de sangre.

—La chica desaparecida se llama Samantha Aldovar —replicó Deborah—. Dieciocho años, va a ese colegio de niños ricos, Ransom Everglades.

Paseé la vista alrededor de la habitación. Aparte de la mancha de sangre, era una habitación anodina: un escritorio con una silla, un ordenador portátil que parecía anticuado, una base de iPod. En una pared, que por fortuna no había resultado salpicada, había un cartel siniestro de un joven pensativo. Debajo se leía TEAM EDWARD, y más abajo, CREPÚSCULO. Había ropas de aspecto agradable colgadas en el armario, pero nada extraordinario. Ni la habitación ni la casa daban la impresión de pertenecer a alguien lo bastante rico para ir a un colegio de secundaria privado, pero cosas más raras se han visto, y no vi extractos de cuentas bancarias pegados en las paredes.

¿Estaba fingiendo Samantha su propio secuestro para sacar dinero a sus padres? Era un ardid sorprendentemente común, y si la chica desaparecida había estado rodeada de chicos ricos todo el día, tal vez hubieran ejercido presión sobre ella para que se comprara unos tejanos de diseño. Los chicos pueden ser muy crueles, benditos sean. Sobre todo con alguien que no puede permitirse un jersey de quinientos dólares.

Pero la habitación no me revelaba nada definitivo, ni en un sentido ni en otro. El señor Aldovar podía ser un multimillonario proclive a la reclusión, capaz de comprar todo el barrio mientras volaba a Tokio para comer *sushi*. O quizá sus medios económicos eran muy modestos y el colegio proporcionaba algún tipo de ayuda económica a Samantha. Daba igual. Lo único que importaba era extraer algún significado de aquella horrible mancha de sangre y limpiarla.

Caí en la cuenta de que Debs me estaba mirando expectante, y en lugar de arriesgarme a recibir otro porrazo fulminante en el

tríceps, la saludé con un cabeceo y me puse en vigorosa acción. Dejé mi maletín sobre el escritorio y lo abrí. La cámara estaba encima, y tomé una docena de fotos de la mancha de la pared y la zona circundante. Después volví a mi maletín, saqué un par de guantes de látex y me los calcé. Cogí un trozo de algodón grande de una bolsa de plástico y un tarro para sostenerlo y me acerqué con cautela a la lustrosa salpicadura de sangre.

Localicé un lugar donde era gruesa y estaba todavía húmeda y giré poco a poco el extremo del algodón sobre ella hasta levantar una cantidad suficiente de la materia atroz para convertirla en una muestra útil. Después introduje con cuidado el algodón en el bote, lo cerré y me alejé del desastre. Deborah continuaba mirándome, como si estuviera buscando un punto blando donde golpear, pero cuando la miré su rostro se suavizó un poco.

—¿Cómo está mi sobrina? —preguntó, y la espantosa mancha roja de la pared se transformó en un maravilloso fondo rosa.

—Más que asombrosa —contesté—. Todos los dedos de las manos y los pies en el lugar correcto, y absolutamente preciosos.

Por un momento, algo más cruzó por la cara de mi hermana, algo que parecía un poco más sombrío que la idea de una sobrina perfecta. Pero antes de que pudiera deducir qué era, la sempiterna expresión de mala leche se instaló de nuevo.

—Estupendo —dijo Deborah, e indicó con un cabeceo la muestra que yo sostenía—. Haz que la analicen y no te pares a comer —concluyó, y dio media vuelta.

Cerré mi maletín y seguí a Debs por el pasillo hasta la sala de estar. A la derecha, el capitán Matthews había llegado y ocupado una posición donde todo el mundo pudiera ver que estaba en la escena, dispuesto a impartir justicia de manera implacable.

—Mierda —refunfuñó Deborah, pero cuadró la mandíbula y fue hacia él, tal vez para asegurarse de que no pisara a un sospechoso. Me habría encantado presenciar la escena, pero el deber me llamaba, de modo que me desvié hacia la puerta de la calle y encontré a la Agente Especial Brenda Recht interponiéndose en mi camino.

—Señor Morgan —dijo, al tiempo que ladeaba la cabeza y enarcaba una ceja, como si no estuviera muy segura de llamarme así o algo más familiar, como «culpable».

—Agente Especial Recht —repliqué con bastante amabilidad, teniendo en cuenta todo—. ¿Qué la trae por aquí?

—¿La sargento Morgan es su hermana? —prosiguió, sin contestar a mi pregunta.

—Exacto —contesté de todos modos.

La Agente Especial Recht me miró, y después desvió la vista hacia Deborah, que estaba hablando con el capitán.

—Menuda familia —comentó, y se encaminó hacia su compañero de aspecto genérico.

Pensé en varias réplicas estupendas que la habrían puesto en su sitio, pero al fin y al cabo su sitio estaba varios escalones por encima del mío en la cadena alimenticia, de modo que me limité a decir a su espalda:

—Que tenga un buen día. —Luego salí por la puerta en dirección a mi coche.

### 3

La prueba que debía llevar a cabo para averiguar si se trataba de sangre humana era básica, sencilla y relativamente rápida, de modo que me paré a comer aunque Deborah me lo hubiera prohibido. Para no pasarme, no fue más que un bocadillo para llevar, pero, al fin y al cabo, casi había perecido de hambre en el hospital, y había huido del lado de Lily Anne para trabajar en un día de asueto, de manera que un pequeño bocadillo cubano no me pareció demasiado. De hecho, se me antojó casi inexistente, y lo terminé en el coche incluso antes de salir de la I-95, pero llegué a mi pequeño laboratorio de mucho mejor humor.

Vince Masuoka estaba en el laboratorio, examinando algo bajo un microscopio. Alzó la vista cuando entré y parpadeó varias veces.

—Dexter —dijo—. ¿La niña está bien?

—Mejor que nunca —contesté, una combinación de verdad y poesía que me complació más de lo que habría debido.

Por lo visto, Vince no quedó convencido. Me miró con el ceño fruncido.

—No deberías estar aquí.

—Solicitaron el placer de mi compañía.

Volvió a parpadear.

—Ah. Tu hermana, ¿eh? —Meneó la cabeza, y volvió a inclinarse sobre el microscopio—. Hay café recién hecho.

Tal vez el café estuviera recién hecho, pero al parecer los granos habían estado reposando en una cuba de productos químicos tóxicos durante varios años, porque el brebaje era lo más cercano a imbebible que puede resultar algo sin dejar de ser líquido. De

todos modos, la vida es una serie de pruebas, y sólo los más aptos sobreviven, de modo que bebí una taza de la horrorosa pócima sin lloriquear, mientras analizaba la muestra de sangre. Teníamos varios frascos de antisuero en el laboratorio, así que sólo fue cuestión de añadir mi muestra a uno de ellos y remover los dos juntos en un tubo de ensayo. Acababa de terminar cuando sonó mi móvil. Durante un breve e irracional segundo, pensé que tal vez me llamaba Lily Anne, pero la realidad asomó su fea cabeza en la forma de mi hermana Deborah. No era que su cabeza fuera fea, pero sí muy exigente.

—¿Qué tienes? —me preguntó en tono conminatorio.

—Creo que disentería por culpa del café.

—No me fastidies. Ya tengo bastante con los federales.

—Me temo que quizá tengas que aguantar algo más —repliqué, mientras contemplaba mi tubo de ensayo. Una delgada línea de precipitado se había formado entre el antisuero y la muestra de la escena del crimen—. Parece sangre humana.

Deborah guardó silencio un momento.

—Joder. ¿Estás seguro?

—Las cartas nunca mienten —contesté, con mi mejor acento gitano.

—Necesito saber de quién es esa sangre.

—Estás buscando a un hombre delgado con bigote y que cojea. Zurdo y calzado con zapatos negros puntiagudos.

Guardó silencio otro segundo.

—Ya basta. Necesito un poco de ayuda, maldita sea.

—Deborah, no puedo hacer gran cosa con una muestra de sangre.

—¿Puedes decirme al menos si pertenece a Samantha Al-dovar?

—Puedo hacer otra prueba y averiguar el tipo de sangre. Tendrás que preguntar a la familia cuál es el de la chica.

—Hazlo —bramó, y colgó.

¿Os habéis dado cuenta de lo difícil que es sobrevivir en este mundo? Si no eres bueno en tu trabajo, la gente te trata mal, y a

la larga acabas en el paro. Y si eres un poco mejor que competente, todo el mundo espera milagros de ti, siempre y en todo momento. Como casi todo en la vida, es una situación en la que llevas las de perder. Y si osas mencionarlo, por creativa que sea la forma de verbalizar tus quejas, te rehúyen por quejica.

La verdad, no me importa que me rehúyan. Si Deborah me hubiera rehuido, todavía estaría en el hospital admirando a Lily Anne y sus florecientes aptitudes de control de la motricidad. Pero no podía correr el riesgo de que me rehuyeran siempre, con la economía tan mal como está y una familia numerosa en la que pensar. De modo que, con un suspiro que expresaba lo harto que estaba del mundo, doblé mi dolorida espalda y me dispuse a llevar a cabo la espeluznante tarea que me esperaba.

A última hora de la tarde llamé a Deborah para comunicarle el resultado de mi análisis.

—Es tipo O —le anuncié. No esperaba que respondiera con florida gratitud, y no lo hizo. Se limitó a gruñir.

—Trae tu culo para acá —dijo, y colgó.

Llevé mi culo hasta el coche y conduje en dirección sur, hasta Coconut Grove y la casa de los Aldovar. La fiesta continuaba en pleno apogeo cuando mi culo llegó, y mi aparcamiento junto al bambú alimentado con asteroides había desaparecido. Di una vuelta a la manzana, mientras me preguntaba si Lily Anne me echaría de menos. Quería estar con ella, no aquí, en el mundo insípido y mortífero de las salpicaduras de sangre y el mal genio de Deborah. Entraría a toda prisa, diría a Debs que me marchaba y volvería al hospital, suponiendo que pudiera encontrar un hueco donde dejar el coche, cosa que de momento no era factible.

Di una vuelta más, y por fin encontré un lugar el doble de lejos, al lado de un contenedor de basura grande que florecía en el patio de una casa pequeña y vacía. Los contenedores de basura son los nuevos y elegantes ornamentos de jardines del sur de Florida, y brotan por toda nuestra ciudad como setas tras un chubasco de verano. Cuando una casa es víctima de la ejecución hipotecaria, cosa que

sucede con mucha frecuencia en la actualidad, llega un equipo con el contenedor y vacía la casa en su interior, casi como si la levantarán por un lado y lo arrojarán todo fuera. Es de suponer que los antiguos ocupantes de la casa encuentran un bonito paso elevado de autopista bajo el cual vivir, el banco vuelve a vender la casa por diez centavos el dólar, y todo el mundo está contento..., sobre todo la empresa que alquila los contenedores.

Volví caminando a casa de los Aldovar desde mi flamante aparcamiento con vistas al contenedor. El paseo no fue tan horrible como esperaba. El día era fresco para Miami, con la temperatura alrededor de los veinticinco grados y la humedad propia de un baño de vapor, de modo que todavía quedaban algunos puntos secos en mi camisa cuando me abrí paso entre la bandada de reporteros congregados delante de la casa y entré.

Deborah estaba con otro grupo que daba la impresión de estar preparándose para un combate de lucha libre de la modalidad *tag team*. No cabía duda de que la atracción principal iba a ser Debs contra la Agente Especial Recht. Ya se encontraban tan cerca que casi se tocaban la nariz, mientras intercambiaban acaloradas opiniones. Sus respectivos compañeros, Deke y el Federal Genérico, se mantenían a un lado de la pareja protagonista como buenos adláteres, mientras se observaban con frialdad, y al otro lado de Deborah había una mujer gorda y angustiada de unos cuarenta y cinco años, que al parecer estaba intentando decidir qué debía hacer con las manos. Las levantó, después dejó caer una, luego se rodeó el cuerpo con ellas, y por fin volvió a levantar la izquierda, y así pude ver que aferraba una hoja de papel. La agitó y dejó caer ambas manos de nuevo, todo ello en el espacio de los tres segundos que tardé en cruzar el vestíbulo para reunirme con el alegre grupito.

—No tengo tiempo para ti, Recht —estaba aullando Debs—. Así que te lo diré en pocas palabras: con tanta sangre, tengo agresión e intento de asesinato como mínimo. —Me miró, y después volvió la vista hacia Recht—. Eso dice mi experto, y también mi experiencia.

—Experto —repitió Recht, con la ironía propia de los federales en la voz—. ¿Te refieres a tu hermano? ¿Él es tu experto?

Dijo «hermano» como si fuera algo que comiera basura y viviera bajo una piedra.

—¿Tienes uno mejor? —preguntó Debs muy furiosa, y fue muy halagador que se batiera por mí.

—No lo necesito. Tengo una adolescente desaparecida —replicó Recht, también con cierto apasionamiento—, y eso es secuestro hasta nuevo aviso.

—Perdón —terció la mujer angustiada. Debs y Recht no le hicieron caso.

—Paparruchas —le espetó Deborah—. No hay nota, ni llamada telefónica, nada, salvo una habitación llena de sangre, y eso no es secuestro.

—Sí, en caso de que sea su sangre.

—Perdonen. Si yo... ¿Agente? —insistió la mujer angustiada, mientras agitaba la hoja de papel.

Deborah sostuvo la mirada de Recht un momento, y después se volvió hacia la mujer.

—Sí, señora Aldovar —dijo, y miré interesado a la mujer. Si era la madre de la chica desaparecida, eso explicaría los excéntricos movimientos de manos.

—Esto podría... Yo... la encontré —observó la señora Aldovar, y alzó ambas manos un momento en señal de impotencia. Después, la derecha cayó a un lado, y la izquierda permaneció inmóvil en el aire con la hoja de papel.

—¿Qué ha encontrado, señora? —preguntó Debs, que ya estaba mirando de nuevo a Recht como si estuviera preparándose para saltar y apoderarse del papel.

—Esto es... Usted dijo que buscara, mmm..., un informe médico —dijo la mujer, y retorció la hoja de papel—. Lo encontré. Con el tipo de sangre de Samantha.

Deborah ejecutó un maravilloso movimiento, como si hubiera jugado al baloncesto profesional toda la vida. Se interpuso entre la mujer y los federales, con el trasero justo delante de Recht, lo cual

impedía a ésta toda posibilidad de ver el papel, al tiempo que extendía la mano y se apoderaba con delicadeza de la hoja que sostenía la mano de la señora Aldovar.

—Gracias, señora —dijo, y recorrió la página con un dedo. Al cabo de escasos segundos, alzó la vista y me fulminó con la mirada.

—Dijiste que era de tipo O.

—Exacto.

Golpeó la hoja con la yema de un dedo.

—Aquí pone AB positivo.

—Déjame ver —dijo Recht, al tiempo que intentaba saltar para agarrar el papel, pero el bloqueo de culo tipo NBA que empleaba Deborah fue demasiado para ella.

—¿Qué pasa aquí, Dexter? —me recriminó Deborah en tono acusador, como si yo fuera el culpable de que los dos tipos de sangre no coincidieran.

—Lo siento —repliqué, aunque no estaba seguro de por qué me estaba disculpando, pero por su tono de voz sabía que debía hacerlo.

—Esta chica, Samantha, es del tipo AB positivo. ¿Quién es del tipo O?

—Montones de personas. —La tranquilicé—. Es muy común.

—¿Está diciendo...? —intentó preguntar la señora Aldovar, pero Deborah continuó.

—Esto no me sirve de nada. Si ésa no es su sangre... ¿Quién tira contra la pared sangre de otra persona?

—Un secuestrador —intervino la Agente Especial Recht—. Que intenta borrar su rastro.

Deborah se volvió a mirarla, y la expresión de su rostro fue algo maravilloso de ver. Con tan sólo unos cuantos músculos faciales reordenados y una pequeña ceja arqueada, Debs logró transmitir: *¿Cómo es posible que alguien tan estúpido sepa abrocharse los zapatos y caminar entre nosotros?*

—Dime —empezó Deborah, al tiempo que la miraba con incredulidad—, ¿lo de «agente especial» es algo así como «educación especial»?

El nuevo compañero de Deborah, Deke, emitió una carcajada y Recht enrojeció.

—Déjame ver ese papel —repitió.

—Fuiste a la universidad, ¿verdad? —continuó Deborah en plan coloquial—. Y a esa elegante escuela del FBI en Quantico.

—Agente Morgan —dijo con severidad Recht, pero mi hermana agitó el papel ante sus narices.

—Sargento Morgan. Necesito que saques a tu gente de mi escena del crimen.

—Tengo jurisdicción sobre los secuestros... —empezó a decir Recht, pero Deborah estaba tomando impulso y la interrumpió sin hacer un gran esfuerzo.

—¿Quieres decirme que el secuestrador arrojó una buena parte de su propia sangre contra la pared y que aún tuvo fuerzas para llevarse a una adolescente que debió oponer resistencia? ¿O trajo un poco de sangre en un frasco de mayonesa y dijo: «Plaf, vente conmigo?» —Deborah sacudió la cabeza y añadió una leve sonrisa de suficiencia—. Porque no me creo ninguna de ambas posibilidades, Agente Especial. —Hizo una pausa, y como estaba en racha, Recht no se atrevió ni a hablar—. Lo que creo es que una chica nos está tomando el pelo y fingiendo su propio secuestro. Y si tienes pruebas de que es otra cosa, éste es el momento de sacarlas a relucir.

—Sacarlas a relucir —repitió Deke con una risita tontorróna, pero por lo visto nadie se dio cuenta, salvo yo.

—Sabes muy bien... —empezó la agente Recht, pero de nuevo fue interrumpida, esta vez por el nuevo compañero de Deborah, Deke.

—Eh —dijo, y todos nos volvimos a mirarle.

Deke indicó el suelo con un cabeceo.

—La señora se ha desmayado —observó, y todos nos volvimos a mirar el lugar que señalaba.

Tal como nos había advertido, la señora Aldovar estaba caída en el suelo.